

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:

Don Siegel: el talante democrático de Harry el sucio

Autor/es:

García del Val, Ángel

Citar como:

García Del Val, Á. (1999). Don Siegel: el talante democrático de Harry el sucio. Banda aparte. (13):84-84.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42321>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



DON SIEGEL: EL TALANTE DEMOCRÁTICO DE HARRY EL SUCIO

ÁNGEL GARCÍA DEL VAL

Según Robert Rossen, con quien trabajó como ayudante de dirección, Siegel hacía "grandes películas, buenas películas o películas simplemente divertidas, pero nunca malas películas".

"De él podía esperarse todo" decía Patrick Reynolds. "¿Quién sino Siegel puede rodar en un mismo año (1971) un filme fascinante como *The Beguiled* (El seductor) y algo tan odioso como *Dirty Harry* (Harry el sucio)?"

— ¿Qué opina sobre esta última declaración?

— Nada, siempre que no tiren a la basura otros aspectos del filme. Mire, nadie en su sano juicio podría tildar de reaccionario a Raoul Walsh. Pero él dirige *They Died with their boots on* (Murieron con las botas puestas, 1941) y acepta falsear un hecho histórico. Nos convierte a un hijo de perra como Custer en poco menos que un mártir. Bien, yo puedo ver la película y decir "Es un magnífico western reaccionario. Su técnica es prodigiosa. Aquí tenemos a un gran equipo bajo la batuta de un extraordinario director. Lástima que tanto talento no esté al servicio de un mensaje, digamos, más honesto".

— ¿Aceptaría que dijese eso de Harry el sucio?

— No, porque el mensaje de mi película es honesto.

— Caramba. Pues, por mi parte, después de ver *The Killers* (Código del hampa, 1964) y *Madigan* (1968), Harry el sucio fue un auténtico shock.

— Porque usted piensa que el personaje que encarna Eastwood no está legitimado para usar de esa forma la violencia. Pero si un psicópata rapta el autobús donde viaja su hijo, usted pide a los dioses que todas las comisarías de la ciudad vomiten tipos como Harry. Usted habla de la corrupta sociedad que genera bolsas de pobreza, y hasta es posible que se comprometa en algún tipo de actividad que intente cambiar las cosas, pero cuando uno de esos marginados le revienta el coche usted acude a la policía.

— Y no me importa que un tipo como Harry saque la *mágnium* y...

— No ironice con esto. Esa película es lo que yo llamo un "filme espejo". Y como sabe fue un gran éxito de taquilla. Los críticos como Reynolds deberían enjuiciar al público.

— ¿Realizó el filme pensando que gratificaría a amplios sectores del público?

— ¿Qué tipo de pregunta es ésta? Realicé el filme pen-

sando que era un reto. Mire, nuestras sociedades engendran dos tipos de individuos: los que tienen cosas y lo que no las tienen pero quisieran tenerlas. Y los problemas empiezan cuando estos últimos pierden la paciencia, ya sabe, un mal día empiezan a plantearse de qué diablos sirve la democracia si uno carece de algo tan básico como una casa con jardín y un par de coches. Y no hay que quitarles razón cuando piensan que si han de aterrizar en el sepulcro sin haber acumulado otra cosa que horas de trabajo, mejor estarían en un país comunista donde al menos les darían medallas. Usted sabe lo incómodo que resulta subir al yate con un buen par de tías cuando alguien te mira con ojos turbios. Usted puede hablarles del juego democrático, la libre empresa y la justicia social, pero si las miradas siguen virando al rojo, hará bien en recordarles que los policías como Harry están de su parte. Alguien puede dudar del talante democrático de un tío que usa el yate cuatro días por semana. Pero nadie dudará del talante democrático de un policía cuya *mágnium* no hace distinciones entre un negro del Bronx, un pandillero chicano o un psicópata de mala muerte, que son al fin y al cabo, los desechos sociales que los tipos como usted van creando.

— Pues, ahí lo tiene. Un matón a sueldo del contribuyente. Un matón que enseña el revólver antes que la placa, que presume de esquivar la legalidad y que siempre se sitúa junto a la clase dominante.

— Y millones de espectadores aplauden sus correrías en lugar de hundirse en la butaca. Lo cual quiere decir que millones de personas en todo el mundo sueñan con tener un yate. Le contaré un anécdota y saque usted sus propias conclusiones. En una pequeña población de Kansas el filme se mantuvo un solo día en cartel. Allí presumían de no haber estrenado su "nueva" cárcel, un pequeño antro adosado a la oficina del *sheriff*. Decían que en los últimos cuarenta años nadie había pisado la celda. Era una de esas poblaciones donde todo el mundo conoce la vida de los demás y las puertas de las casas permanecen abiertas durante las noches. También presumían de llevar una buena proporción de sangre *Kiowa* en las venas y mantenían la costumbre de llamarse "*Kaitsenkos*", "los hermanos". El propietario del viejo cine devolvió las latas de la película mientras decía, "Mire usted, es que aquí esas historias del policía y su pistola se las pasan por los c...".